

Alicia se volvió canción

**Remembranzas de Juancho Polo Valencia, cuya canción “Alicia adorada” no pasa de moda. Instantes inéditos del juglar que ganó un puesto importante en la historia del folclor del Caribe colombiano.*

✓ Por
CARLOS RAMOS MALDONADO*

*“¿Adónde fuiste, amor, adónde fuiste?
Se extinguió del poniente el manso fuego.
Y tú, que me decías –hasta luego;
volveré por la noche...- ¡No volviste!”
Amado Nervo*

Juan Polo Valencia fue un verdadero trovador de la música de acordeón, el legendario músico de la ciénaga del Cerro de San Antonio que estuvo mucho tiempo de bohemio recorriendo la Costa Caribe, de parranda en parranda, recordando siempre a su Alicia Cantillo, porque después de su muerte él la recordaría para siempre: “Ay pobre mi Alicia, Alicia adorada, yo te recordaré en todas mis parrandas; Ay pobre mi Alicia, Alicia querida, yo te recordaré toda la vida”.

Juancho Polo pasó su último 20 de julio celebrando la Independencia Nacional al son de su inseparable acordeón; sus parrandas no eran de un día sino de muchos amaneceres. Tenía el pelo crespo teñido por el sol, un bigote incipiente, el magro rostro de quien mastica el vinagre y la piel rastrillada de tanto fregarse con estropajo y jabón de sebo. De contextura mediana y delgada, pero musculosa, brazos cortos y frente estrecha; y, eso sí, los oídos dispuestos para enten-

der la naturaleza, más unos ojos bien despiertos a los episodios de la vida cotidiana.

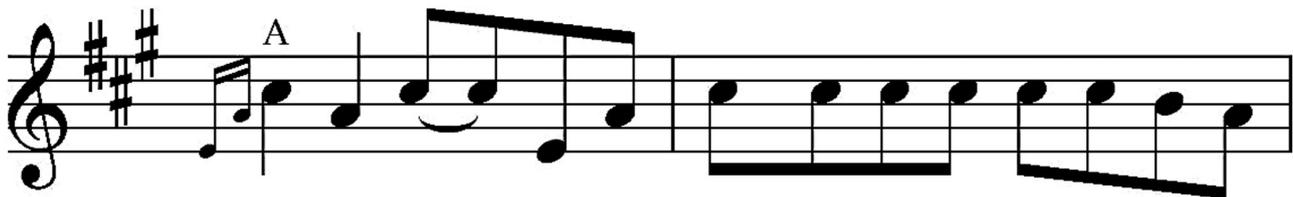
Usaba siempre sombrero vuelto echado para el lado derecho porque en El Retén, un negro antillano le mordió parte de la oreja en una pelea callejera: -¡Gran hijueputa, Nandito, Dios te saque de su Santo Reino! –fue su sentencia final, mientras se llevaba una mano al vacío de la concha auricular y al lóbulo para afrontar la realidad.

** Carlos Ramos Maldonado es Comunicador Social Periodista de la Universidad Autónoma del Caribe. Ha sido congresista concejal y secretario de comunicaciones y de educación de Barranquilla. Magíster scientiarum en Comunicación Social. Vicepresidente nacional del Colegio Nacional de Periodistas de Colombia. Actualmente es el Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de Uniautónoma. El presente trabajo fue publicado en Diario del Caribe, el 22 de julio de 1983.*

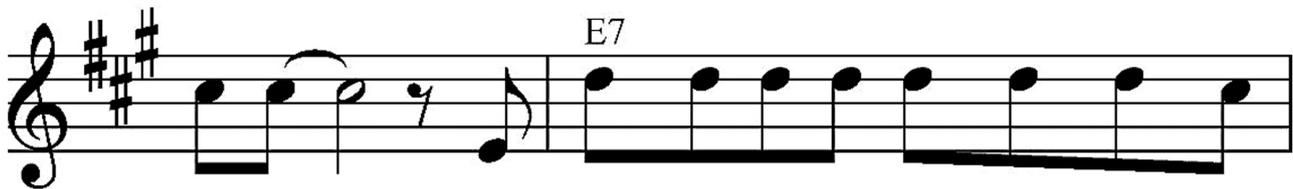
ALICIA ADORADA

Paseo Vallenato

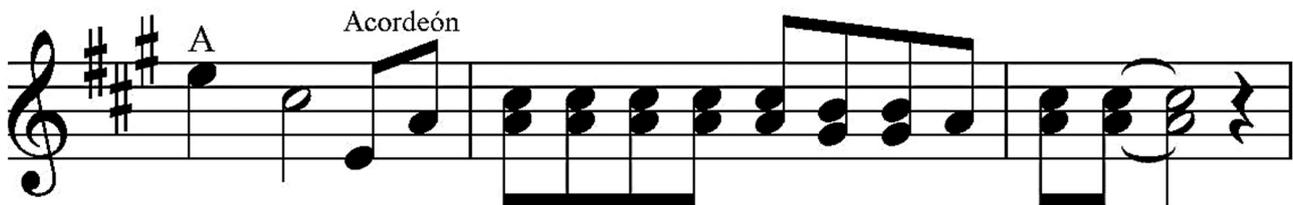
Juancho Polo Valencia



Co mo Dios en la tie rra no tie nea



mi gos, co mo no tie nea mi go'an daen el



ai re...

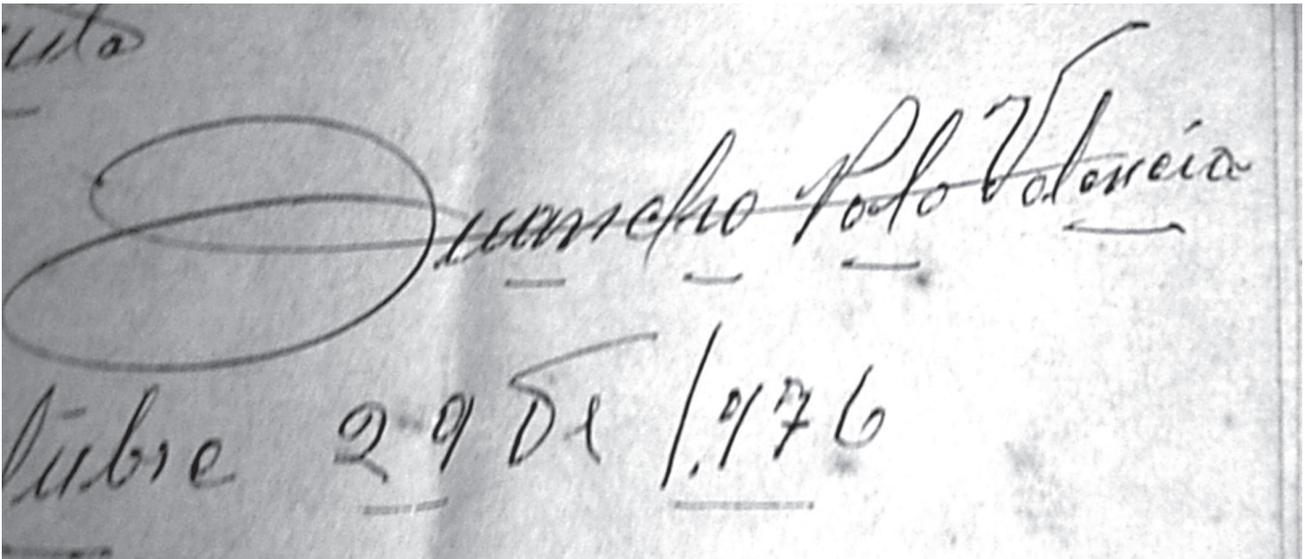
Existen múltiples partituras del famoso tema Alicia Dorada. Algunas incluyen hasta el nombre de las notas.

Su enfermedad no se notaba pero quizá lo mató el ron: “Ese Caña seco que dan ganas de cantar”, dicen en el Magdalena. Por andar borracho, no subió a la tarima cuando compitió en el Festival Vallenato, y cuando despertó, sólo se conformó diciendo: “otro día será”.

Definitivamente, su vida era tocar, tomar, cantar, viajar y tocar. La última vez que lo vi, el mismo año de su muerte, estaba detrás del Centro Cívico, allí donde se va en ron el presupuesto nacional, distrayendo a los empleados públicos con su “Lucerito Espiritual” : Tu eres más alto que el hombre

/yo no sé dónde te escondes / en este mundo historial”.

El trovador cayó en Fundación, pero luego de haber entregado una historia de folclor a nuestra cultura Caribe, y de legar su arte a una sociedad que no atiende, pero tampoco olvida; sin un gra-



La firma autógrafa de Juancho Polo Valencia, quien sí sabía escribir.

do de escuela, porque “cantar era su ciencia”: No se conocía en la Costa otro acordeonero con más carisma, menos comercial, que el viejo Juancho Polo; no le importaba amanecer amenizando una parranda sin cobrar un peso, tocando pura música suya, de su propia inspiración, con algunos temas alternados de Isaac Villanueva, su amigo de siempre, y del viejo Pacho Rada, el otro trovador que aún subsiste retirado en un barrio humilde de Santa Marta.

Pacho Rada, Juancho Polo, Luis Enrique Martínez, Abel Antonio Villa y Alejo Durán son los cinco acordeoneros del mismo corte personal y con la misma escuela bajera. Pacho Rada, maestro de los maestros mencionados anteriormente, compuso una canción hasta ahora inédita dedicada al desaparecido Juan Polo Valencia, pero también al negro Alejo, a Abel Antonio, a Luis Enrique Martínez y a él mismo; es un poema guardado, temeroso de la explotación comercial, que rinde homenaje a nuestro personaje de hoy. La canción dice:

“Quedaron tristes las fiestas. Con la retirá de Juancho/ No más quedamos los cuatro alistando las maletas. Y si en el Cielo hacen fiestas/ allí nos vemos con Juancho. Primero se fue Alicia/ la mujé de Juancho la acompaña, y quedó Débora Caña/ Manuela Oviedo y Rosita. Y quedan las tres solitas, / luchando se acompañan”.

Esta composición de Pacho Rada demuestra el grado de amistad entre estos verdaderos maestros de la música de acordeón, no sólo entre ellos, sino entre sus mismas familias.

Juancho Polo Valencia, nació en Concordia (Magdalena), un corregimiento del Cerro de San Antonio, aunque otras poblaciones pelean su natalidad, entre

“

Pacho Rada, Juancho Polo, Luis Enrique Martínez, Abel Antonio Villa y Alejo Durán son los cinco acordeoneros del mismo corte personal y con la misma escuela bajera. Pacho Rada, maestro de los maestros mencionados anteriormente, compuso una canción hasta ahora inédita dedicada al desaparecido Juan Polo Valencia, pero también al negro Alejo, a Abel Antonio, a Luis Enrique Martínez y a él mismo

”

ellas Flores de María, en cuyas calles el viejo trovador buscaba a su Alicia adorada: “Allá en Flores de María, donde to´el mundo me quiere / yo reparo a las mujeres/ Ay, hombre, y no veo a Alicia, la mía”. Lo de Valencia fue un apodo que le puso su abuela Manuela Berdugo por el poeta Guillermo Valencia, candidato conservador a la presidencia en 1918, ya que éste era de cabeza calva y brillante, igual que el niño, y declamaba bien.

Desde niño ya anunciaba su filosofía existencialista. Un día, según cuenta su hijo Chan, le dijo a su madre María Cervantes cuando ésta lo regañó porque andaba con una dulzaina en la playa de la ciénaga, sin ir al colegio:

-¡Yo nací como el renacuajo, a orillas del agua! Uno es como quiere ser, niña Mayo, no como los demás quieren que uno sea. Y para ser lo que uno quiere hacer, hay que comenzar haciendo lo que se aspira ser. A mí me gustaría ser boxeador, o trabajar como carromulero en Barranquilla o como timonel de barco marítimo. Yo sé lo que quiero de mí, pero tampoco voy a corretear ahora una gallina cuando el sancocho va a ser de pescado.

Del 18 de septiembre de 1918 al 22 de julio de 1978 hubo 60 años de lucha y folclor, más de medio siglo de deambular acompañado de un acordeón en busca de parrandas y alegrías, aunque muchas veces también encontró tristezas: la muerte temprana de su primera esposa Alicia Cantillo (quien falleció por eclampsia), fue tal vez el motivo que lo tiró al mundo de bohemio y compositor: La canción “Alicia Adorada”, dedicada a su mujer, ha re-

corrido el mundo en las voces de muchos cantantes nacionales y extranjeros. Alejo Durán y Jorge Oñate, han sido sus más fieles expositores.

De la música en Colombia se puede hablar mucho, y de la explotación musical, en cuanto a comercio se refiere, aún más. Tal vez Sayco diga lo contrario, pero a los compositores costeños, a los viejos poetas de nuestra música, no se le ha pagado como es debido.

La Sociedad no protege al compositor; aunque las casas disqueras se ríen, se burlan de nuestros artistas: un devaluado peso es lo que generalmente intentan pagar por cada disco vendido, pero hay compositores a quienes jamás les ha llegado un cheque como pago de regalías, y en referencia a esto, el viejo Juancho Polo no tenía quién le pagara, es decir, le pasó como al viejo Coronel que se murió esperando las cartas en el puerto de Aracataca. En el pueblo siguiente, Fundación, el trovador se quedó esperando los cheques de sus regalías. Jamás llegaron.

El estudio y la historia de la música de acordeón tienen mucha contrariedad, sobre todo entre las hipótesis del vallenato (nacido de la provincia) y de la música de acordeón con sus escuelas paseras y bajeras. Para situar a Juancho Polo Valencia en su estilo, hay que organizar estos estudios. Los musicólogos dividen la historia del acordeón en tres escuelas, cuatro aires y cinco etapas. Aquí no se cuestionan los instrumentos sino los estilos: las escuelas son, según la hipótesis vallenata: la vallenata-



Una foto memorable. Esta es Alicia Hernández, la mujer que inspiró el canto de Juancho Polo Valencia.

ta-vallenata, la vallenata bajera (donde se sitúa Juancho Polo) y la vallenata-Sabanera (Alfredo Gutiérrez, entre varios).

Los aires son: el paseo y el merengue, que salieron de la Guajira, donde les dio popularidad Eusebio Zequeira. Mientras que el merengue es más narrativo y rápido, el paseo es lento, casi sin bajo, y a medida que se acerca al Magdalena se parece más al porro, originado de la cumbia. La puya nació en San Diego, y su actor es Juan Muñoz, el de “La Vieja Gabriela”, y el son es del Bajo Magdalena, donde lo interpretaban todos los acordeoneros, entre los mejores, Alejo Durán, Pacho Rada y Juan Polo Valencia.

Entonces, Juan Polo Valencia es bajero, en cuanto al estilo de tocar acordeón, pero muchos afirman que éste músico formó



Juancho Polo Valencia, nació en Concordia (Magdalena), un corregimiento del Cerro de San Antonio, aunque otras poblaciones pelean su natalidad, entre ellas Flores de María, en cuyas calles el viejo trovador buscaba a su Alicia adorada



escuela aparte por su sistema propio de ejecutar el instrumento arrugado. En la región de Zapayán, del Cerro, de la Zona Bananera y de El Banco, muchos conjuntos nuevos siguen el estilo de Juancho Polo, ese estilo inconfundible que identifica al autor desde que sale la primera nota del acordeón. Su hijo, Juan Polo Hernández (fruto de un segundo matrimonio con Alicia Hernández), que vive en Concordia, toca de igual manera el acordeón; además de eso, su voz es idéntica a la del padre que no dejó herencia, pero dejó en su sangre el ímpetu de aventura, la inspiración del compositor y la armonía del músico.

El hijo dice que a su padre le enseñó un duende, alguien así como un cabalgante mohán de ébano, vestido de caqui y sandalias montaraz, que lo visitaba en el espejismo que producen los primeros rayos del día, y le inspiraba las notas de un acordeón vienés de cabezotes angulares que nadie vio llegar a Caimán, nombre con que se conoce a Concordia.

Cuenta también que su padre le comentaba: “para aprender

a tocarlo, primero piensa en ti, que te guste; después imagínate quién te va a escuchar. La música es como una hamaca que envuelve al cuerpo, cada hebra es fuerte y cuando se tejen, se vuelven irrompibles. Así mismo, para tejer una pieza musical hay que conocer el tejar, el molde y los hilos. La música es cuestión de artesanos.

“Yo cargo un duende,/ duende maligno./ Ése no duerme y me da el camino.

Yo cargo un duende,/ duende maleante./ Ése no duerme./ Quiere que le cante...”

De Juan Polo Valencia se hablará mucho en la posteridad por el aporte que dejó a nuestro folclor musical, con su estilo y sus composiciones, con la forma de exponer su arte a veces preparado, a veces improvisado, sobre todo en las piquerías, varias de ellas con su amigo de parranda y colega en el acordeón, Abel Antonio, durante muchas festividades de San Antonio en El Cerro, donde ambos tienen parientes. Allí guerreaban armados con el instrumento alemán, pero donde no había vencidos sino victoriosos, sobre todo el folclor, que de

estas competencias se alimentó bastante.

Así se fue Juancho Polo, solo, pobre, entregado siempre a su arte, “regalando” siempre su música, esperando a que los nuevos acordeoneros no lo olviden y le canten sus canciones que ahora él oye desde el aire donde anda como Dios porque “en la tierra no tiene amigos”. El viejo Juancho Polo se reencontró con su Alicia Adorada, esa compañera inseparable a la cual el trovador fue fiel enamorado, recordándola en todas sus parrandas porque le dejó ese guayabo que lo volvió bohemio, lo anegó de ron y lo llevó a la muerte: “Se murió mi compañera, qué tristeza/ se murió mi compañera qué dolor/ y solamente a Valencia, ay, hombre, el guayabo le dejó”.

Duque Palomino, un compositor que acompañó a Valencia en muchas de sus correrías, compuso la canción que cerró esta novela:

“Alicia se volvió canción/ pero mi acordeón no quiso tocarla con alegría.

El pueblo Flores de María,/ donde está el recuerdo que todos cantan con gran dolor”. ■